



APOCALIPSIS

**LOS DIAS
OSCUROS**

MANEL LOUREIRO

En algún lugar sobre el Sahara occidental

El pequeño lagarto llevaba horas inmóvil bajo la piedra recalentada por el sol. A ratos sus flancos se inflaban y desinflaban, mientras respiraba el aire tórrido que lo rodeaba, como una bocanada salida del infierno. De vez en cuando asomaba su lengua rasposa, mientras esperaba, paciente, a que llegase la noche para poder salir de cacería en aquel rincón inhóspito y desolado del desierto que era su hogar.

Súbitamente, percibió un infrasonido que hubiese sido totalmente inaudible para cualquier ser humano, de haberse encontrado alguno allí. El lagarto se acurrucó instintivamente en el hueco bajo la piedra, preguntándose en su diminuto cerebro si aquel ruido supondría alguna amenaza para su vida en la forma de algún desconocido y temible depredador.

Pronto aquel sonido se transformó en un ruido audible, primero un ligero temblor, que fue en un crescendo continuo hasta convertirse durante unos segundos en un tableteo atroz sobre él. Luego, poco a poco, el sonido fue decayendo hasta finalmente desaparecer por completo.

El pequeño lagarto asomó cautelosamente la cabeza. Con sus ojos legañosos parpadeó un poco, mientras se habituaba

a la intensa luz del mediodía. Por un instante contempló el límpido y despiadado cielo azul del Sahara occidental, que tremolaba de calor.

Si se hubiese asomado tan sólo medio minuto antes, habría sido testigo de un espectáculo absolutamente inusual en aquel rincón del mundo. Habría visto pasar un enorme helicóptero Sokol pintado de amarillo y blanco, con un desgastado logo de la Xunta de Galicia dibujado en un costado, y con una extraña red de carga llena de bidones, la mayoría ya vacíos, colgada de su panza. Y si hubiese mirado con más atención quizá hubiese podido ver al piloto, un tipo pequeño, cuarentón, rubio y de poblados bigotes, con tres dedos amputados en la mano derecha, que dirigía el aparato con expresión cansada y mecánica, y a los pasajeros, dos mujeres de edades dispares y un hombre con barba de pocos días.

De haber podido observar más de cerca, habría visto que el hombre acariciaba lentamente a un enorme gato persa que dormía plácidamente en su regazo, al tiempo que su dueño observaba con aire ausente el paisaje desértico que se abría ante sus ojos; su mente estaba muy, muy lejos de allí.

El hombre, de unos treinta años, era alto, delgado y de facciones angulosas; su mirada denotaba un cansancio profundo. Si alguien le hubiese preguntado su historia en aquel momento, podría haber contado que sólo diez meses antes llevaba una aburrida y rutinaria vida de abogado en una pequeña ciudad del norte de España.

Su día a día, hasta que se desencadenó el Apocalipsis y todo se fue al infierno, transcurría entre su trabajo, su familia, sus amigos y el enorme vacío que había dejado la muerte de su esposa apenas un año antes. Su vida parecía haber entrado en un bucle infinito de dolor y rutina, pero de repente, un día, diez meses antes, todo cambió.

Todo.

Al principio fueron sólo una serie de confusas noticias en la prensa, el típico suelto en el periódico al que no se le presta la menor atención. Algún grupúsculo yihadista de una remota ex república soviética había tenido la brillante idea de asaltar una base del ejército ruso en Daguestán con el objetivo de conseguir armas químicas, rehenes o simplemente armamento convencional para vender en el mercado negro, algo difícil de adivinar.

Lo que los asaltantes no sabían era que aquella base había sido un centro de experimentación bacteriológica, con algunas de las cepas víricas más virulentas del mundo durmiendo apaciblemente dentro de sus tubos de cristal. Siendo justos, no es que fuese culpa de los yihadistas, ya que aquella base era un residuo medio olvidado del viejo imperio soviético y ni siquiera los servicios secretos occidentales conocían su existencia, pero para todo lo que aconteció después, aquello era lo de menos.

Lo cierto es que, de una manera u otra, el asalto fue un éxito. O un fracaso absoluto y terrible, según se mire. Porque si bien consiguieron tomar la base, también liberaron accidentalmente algo, una pequeña cepa de un ser que no debería haberse creado nunca. Por eso, menos de cuarenta y ocho horas después del asalto, todos los guerrilleros estaban muertos. O casi.

Pero lo más grave fue que aquel pequeño ser, aquel virus, ya estaba libre, y sin nada ni nadie que le hiciese frente se extendía como el fuego por la sabana africana.

Naturalmente, al principio, nadie sabía nada de esto. En la vieja y confiada Europa, así como en América y Asia, la vida seguía su curso, tranquila y plácidamente. En aquellas primeras setenta y dos horas podría haberse hecho algo, podría haberse dominado la pandemia, pero Daguestán era un país muy pequeño y pobre y aunque su gobierno hubiese querido

hacer algo, no tendría medios para ello. La fase de eclosión ya se había superado.

Ya era demasiado tarde.

Nadie, ni siquiera el abogado de facciones angulosas, comenzó a inquietarse hasta pasados unos cuantos días. Las primeras noticias de una extraña fiebre hemorrágica en medio de las montañas del Cáucaso llegaban a través de prensa y televisión como un ruido de fondo, casi ahogado entre el último fichaje del campeón de Europa y el enésimo escándalo político.

Pero aunque casi nadie le prestaba atención, seguía ahí, creciendo.

Hasta unos días más tarde alguien no se dio cuenta de que algo iba rematadamente mal. Amplias zonas de Daguestán permanecían oscuras y en silencio, como si no quedase ni una sola persona viva allí. El gobierno de la pequeña república autónoma echó un vistazo y lo que vio le llenó de tanto terror que inmediatamente llamó a Moscú para que se hiciese cargo del problema. Y lo que vieron los rusos fue tan terrorífico que enseguida decretaron el cierre de fronteras, no sólo de Daguestán, sino de su propio país.

Pero ya era demasiado tarde.

Las noticias comenzaron a filtrarse al resto del mundo, primero como un confuso guirigay y más tarde a través de una serie de comunicados y contracomunicados del gobierno ruso, el CDC de Atlanta y siete organismos más que afirmaban que se trataba de un brote de Ébola, de viruela, del virus del Nilo, del virus Marburgo o de ninguno de los anteriores. Los rumores, cada vez más hinchados y disparatados, comenzaban a circular, mientras que la sombra de oscuridad saltaba de Daguestán a otros países limítrofes, siguiendo la estela de refugiados que huían de «aquello», fuese lo que fuese. Finalmente, en un intento de tomar el control de la situación, el gobierno de Putin

decidió decretar el bloqueo informativo en todo el país, suprimir la libertad de prensa dentro de la Federación Rusa y de paso, como quien no quiere la cosa, pedir ayuda internacional urgente.

Pero, una vez más, ya era demasiado tarde.

En aquel momento no sólo el abogado, sino media humanidad ya estaba pendiente de lo que fuera que pasaba en aquel rincón del mundo. La noticia ya no era un breve sino que empezaba a ocupar espacios en las portadas de los periódicos. Imágenes filtradas a través de la férrea censura mostraban interminables hileras de refugiados en un sentido y columnas militares igual de largas en el otro. Los más observadores apuntaron que resultaba muy extraño que se combatiese una epidemia con el ejército, pero su voz era una minoría. Nadie prestaba atención más que a la información oficial. Finalmente, los equipos de ayuda internacional fueron desplegados en la zona, para colaborar en el control de la epidemia. Quince días antes quizá hubiesen tenido alguna posibilidad de éxito.

Pero para entonces, de nuevo, ya era demasiado tarde.

Unos días después, cuando los equipos de ayuda internacional comenzaron a volver a sus países de origen con varios de sus miembros heridos por aquellos que habían ido a auxiliar, el problema súbitamente se volvió global. En aquel momento, aunque nadie lo sabía, la pandemia ya estaba definitivamente fuera de control. Lo más lógico hubiese sido eliminar físicamente a los infectados (los gobiernos ya empezaban a tener una buena idea de a lo que se enfrentaban), pero pudo más el interés político y el control de la opinión pública que el sentido común.

Así, la última posibilidad de controlar la pandemia se evaporó. Y el virus comenzó su galopada mortal, convirtiendo la pandemia en Apocalipsis.

Para aquel entonces, el abogado estaba igual de aterrizado que el resto del mundo con acceso a un televisor, una radio o internet. Las noticias sobre la pandemia se sucedían sin cesar en los medios de comunicación. Impotente, contemplaba día a día cómo lentamente el virus ganaba terreno. Pronto no hubo noticias desde Daguestán. A los pocos días, sucedía lo mismo en Rusia... Y en Polonia, Finlandia, Turquía, Irán, y sucesivamente en todos los países del mundo. El virus se extendía como una mancha de aceite por todo el planeta, pero incluso en ese entonces la censura seguía ejerciendo su férreo control sobre la información. La Unión Europea, en un gesto sin precedentes, acordó crear un Gabinete de Crisis Único que administraba a cuentagotas las noticias, mientras la mitad de los países europeos cerraban a cal y canto sus fronteras y decretaban el estado de excepción. Ya en esos momentos, en internet comenzaban a aparecer los primeros rumores desquiciados de muertos que caminaban, o de enfermos poseídos por una agresividad furiosa. No faltaba tampoco quien hablaba de control extraterrestre, del Anticristo, de experimentos genéticos o de monstruos del inframundo. Había casi tantas teorías como páginas web.

En lo único que estaba todo el mundo de acuerdo era que, fuera lo que fuese, era muy contagioso y letal. Y que eran los propios infectados los que propagaban la enfermedad.

El día que el abogado vio en televisión al rey de España, ataviado con el uniforme del ejército como en el 23-F declarando el estado de excepción, supo que aquella noticia breve de dos semanas antes había aterrizado en España.

Entonces, de todas las ideas desafortunadas que podían haber tenido los gobiernos, escogieron la peor. Siguiendo una lógica médica aplastante (aislar a los sanos de los enfermos errantes), decidieron concentrar a toda la población sana en unos recintos habilitados a tal efecto por todo el país deno-

minados Puntos Seguros. Dichos puntos eran inmensos trozos de ciudad, convenientemente cercados y aislados, donde los ciudadanos se mantendrían a salvo de los «vectores de infección» (para aquel entonces todo el mundo tenía claro que un encuentro con un infectado podía acabar muy mal).

Y el abogado, de todas las ideas afortunadas que podía haber tenido, escogió la mejor. No quería ir a un Punto Seguro (le sonaba sospechosamente a algo parecido al gueto de Varsovia), así que cuando el grupo militar de evacuación recorrió su barrio, se escondió en su casa y dejó que se fuese todo el mundo, pero él se quedó voluntariamente atrás.

Solo.

Pero no por mucho tiempo.

En cuestión de días, el mundo empezó a derrumbarse de verdad. La energía y las comunicaciones empezaron a fallar a medida que los empleados encargados del mantenimiento no se presentaban en sus puestos de trabajo o, simplemente, desaparecían sin dejar rastro. Pronto los canales de televisión de todo el mundo tan sólo emitían películas enlatadas interrumpidas por breves noticiarios en los que de forma casi histérica se ordenaba a toda la población que se concentrase en los Puntos Seguros. En aquel momento la censura, ya cuarteada, comenzaba a caer por completo. Se reconocía abiertamente que los infectados, de alguna manera, volvían a la vida después de haber fallecido, animados por algún tipo de impulso que les hacía tremendamente agresivos contra los demás seres vivos. Sonaba a argumento de peli de serie B, y sería risible si no fuese porque era verdad. Y que, debido a ello, el mundo entero se estaba derrumbando en cuestión de días.

El pequeño monstruo de la probeta liberado por accidente veinte días antes por fin mostraba su verdadero rostro.

Lo sucedido en las cuarenta y ocho horas siguientes resultaría muy difícil de explicar. El sistema se estaba cayendo a

pedazos, la corriente eléctrica comenzaba a fallar en la mayor parte del mundo y nadie tenía una visión global. Los Puntos Seguros demostraron ser una trampa mortal para los refugiados en su interior. El ruido y la presencia de una multitud humana actuaban como un imán para las criaturas No Muertas que ya campaban a sus anchas por todo el mundo. Cuando los puntos comenzaron a verse asediados por hordas de No Muertos, el pánico se desató y muchos de esos centros se vieron aplastados e invadidos por los seres, con el catastrófico resultado de que la mayor parte de los refugiados acabaron convertidos a su vez en No Muertos. El mensaje oficial por los escasos canales supervivientes cambió radicalmente y pasó a ser que nadie debía acercarse a los Puntos Seguros supervivientes.

Pero una vez más, volvía a ser tarde. Demasiado tarde. La situación ya escapaba a cualquier control posible.

El abogado, aislado en su casa, en medio de un barrio abandonado, con la única compañía de Lúculo, un perezoso gato persa, asistió atónito a la debacle. Cuando, finalmente, hasta internet dejó de funcionar, comenzó a prepararse para lo peor.

Y esto no tardó en llegar. Menos de cuarenta y ocho después los primeros No Muertos comenzaron a vagar por lo que hasta ese momento había sido la tranquila calle de un suburbio de una pequeña ciudad del norte. Aterrado, se dio cuenta de que era un superviviente atrapado en su propia casa. A lo largo de los siguientes días, contempló con pavor desde la seguridad de su ventana el desfile interminable de No Muertos.

Era el infierno en la tierra.

No fue hasta unos días después cuando tomó la decisión de huir de su casa en dirección al Punto Seguro de Vigo, el más cercano a su ciudad. No sólo le motivaba el hecho de que necesitaba ver otros rostros humanos. Lo cierto era que se había quedado sin comida ni agua. La alternativa era o bien

tratar de llegar a un lugar seguro esquivando a los No Muertos o perecer de inanición en su propia casa. Pese a los avisos oficiales, ir hacia el Punto Seguro se había transformado de golpe en su única opción válida.

Así comenzó un azaroso viaje de varios días, jugándose la vida a cada momento, atravesando poblaciones desoladas y carreteras bloqueadas por aparatosos accidentes que nadie había ido a auxiliar. Cuando finalmente consiguió llegar al Punto Seguro de Vigo, costeando en un velero abandonado en el puerto de Pontevedra, su última esperanza se derrumbó. El Punto Seguro de Vigo, la antigua zona franca del puerto, estaba total y absolutamente arrasado. No quedaba nadie con vida allí excepto docenas, miles de No Muertos vagando sin rumbo.

Cuando se empezaba a plantear seriamente la posibilidad del suicidio, observó que un viejo carguero herrumbroso, el *Zaren Kibish*, todavía se encontraba fondeado en el puerto y aún mostraba señales de vida. A bordo del barco los tripulantes, que en aquel momento no eran otra cosa que un grupo de supervivientes apiñados, le narraron el horror de las últimas horas del Punto Seguro de Vigo, y su caída frente al asalto de los No Muertos, el hambre y las enfermedades, una historia que se había repetido en miles de lugares del mundo por las mismas fechas.

Y una vez más, la fortuna le sonrió. A bordo del *Zaren Kibish* conoció a un hombre, un ucraniano bigotudo de cuarenta años, bajito, rubio y con unos increíbles ojos azules que atendía al nombre de Viktor «Prit» Pritchenko. Aquel ucraniano, uno de los pocos supervivientes del Punto Seguro de Vigo, y refugiado como él a bordo del barco, resultó ser uno de los pilotos de helicóptero que todos los veranos acudían a España desde los países del Este, contratados por el gobierno para hacer frente a los incendios forestales. Atrapado por el

Apocalipsis en Vigo, lejos de su casa y su familia, el ucraniano Pritchenko pronto trabó amistad con el abogado, otro ser solitario arrastrado por el caos de aquellos días.

Después de unas terroríficas semanas en las que no sólo se tuvieron que enfrentar a los No Muertos, sino también al despótico y desequilibrado capitán del barco, finalmente ambos hombres trazaron un plan. El helicóptero del ucraniano, un Sokol antiincendios, aún estaba en la base forestal situada a pocos kilómetros del puerto, y si llegaban hasta él, podrían conseguir emprender vuelo hasta las islas Canarias, uno de los escasos sitios del mundo que por su aislamiento había conseguido escapar de la pandemia, y donde según las últimas noticias recibidas antes del derrumbe absoluto del sistema, el gobierno y los supervivientes estaban tratando de reunir los escasos trozos que quedaban de la civilización.

El único problema era conseguir burlar la vigilancia del capitán del barco y de sus marineros armados, inmersos en sus propios planes para salvar el pellejo (planes en los que Prit y el abogado eran unos simples peones sacrificables). Cuando, tras un arriesgado plan que les llevó a cruzar toda la ciudad arrasada, finalmente consiguieron huir se las prometían muy felices.

Pero aún les faltaba una nueva prueba por superar.

En un antiguo concesionario de coches abandonado, que habían escogido como refugio provisional para pasar la noche, Viktor Pritchenko, el piloto ucraniano, sufrió un absurdo accidente mientras manejaba un pequeño artefacto pirotécnico. Lo que en condiciones normales no hubiese sido más que un simple accidente doméstico, en aquellas circunstancias suponía una terrible herida que sin tratamiento médico podía conducir al ucraniano a la muerte.

Con su compañero sufriendo quemaduras de segundo grado y la amputación de varios dedos, al abogado no le queda-

ba más remedio que tratar de llegar con él a un hospital. Era evidente que allí no habría ni un solo médico, y posiblemente estuviese infestado de No Muertos, pero al menos podría encontrar el suficiente material médico para proporcionar a su amigo los cuidados que necesitaba.

Con lo que no contaba era con que aquel inmenso hospital abandonado, con sus docenas de pasillos, salas y escaleras a oscuras podía transformarse en una trampa mortal en la que quedarse atrapado. Se encontraron rodeados de No Muertos y perdidos en las entrañas del edificio, pero cuando la situación parecía más desesperada Lucía apareció al rescate.

Dentro de un edificio cavernoso poblado de No Muertos que parecía una imagen sacada de una pesadilla demente, aquella muchacha era la persona más improbable que uno esperaría encontrarse. De poco más de diecisiete años, alta y esbelta, con una larga melena negra que combinaba admirablemente bien con unos arrebatadores ojos verdes rasgados, la presencia de Lucía en aquellos pasillos oscuros era tan incongruente que al principio el abogado y Pritchenko pensaron que sufrían algún tipo de alucinación. Sólo cuando la chica les contó su historia se dieron cuenta que, al igual que ellos dos, era una superviviente aterrorizada a la que el destino había dejado misericordiosamente aparcada allí.

El sótano del hospital era una especie de enorme compartimento estanco reforzado, con tan sólo un par de puertas de acceso fuertemente protegidas. En los días finales del caos, Lucía, separada accidentalmente de su familia, acabó allí por casualidad, mientras trataba de dar con sus padres desaparecidos. No pudo localizar a nadie conocido, como le sucedió a tantas otras miles de personas perdidas en la confusión final, pero durante los últimos días colaboró como auxiliar con los pocos médicos agotados que obstinadamente trataban de mantener en funcionamiento aquel lugar.

Cuando las masas de No Muertos finalmente convergieron en torno al edificio, Lucía pudo refugiarse en la seguridad del sótano con la única compañía de sor Cecilia, una monja enfermera que había decidido permanecer de manera voluntaria en el hospital hasta el final. Desde aquel momento se habían mantenido atrincheradas en el sótano, esperando la llegada de unos grupos de rescate que jamás llegarían. Sólo cuando oyó el sonido de disparos y voces humanas rebotando por los pasillos se atrevió la joven a salir de la seguridad del refugio.

Es de justicia decir que su sorpresa fue igual de grande que la del abogado y el piloto. En vez del aguerrido grupo de rescate que se esperaba encontrar, con lo que se tropezó fue con un par de refugiados, sucios, hambrientos y perdidos, uno de ellos herido de cierta gravedad, y ambos al borde del más absoluto abatimiento.

Donde otros se hubiesen rendido, sin embargo, la joven actuó como una mujer de mucha más experiencia y edad. Arrastró a los dos nuevos supervivientes y su peludo gato naranja al sótano, donde sor Cecilia, posiblemente la única enfermera viva en cientos de kilómetros a la redonda, pudo hacerse cargo del ucraniano herido, y donde por fin, después de tantas semanas de terror, el abogado y su amigo encontraron un refugio cómodo, cálido y seguro.

Los meses siguientes transcurrieron como un sueño. Confortablemente instalados en la seguridad de aquel sótano, profusamente surtido de víveres para cientos de personas, y con generadores autónomos de electricidad, los cuatro supervivientes se entregaron a una existencia tranquila y subterránea, esperando que sucediese algo que les permitiese salir de allí y volver al exterior.

Pero de nuevo fue un imprevisto lo que les obligó a abandonar su cómoda madriguera y retomar el plan de alcanzar

las Canarias. Una potente tormenta eléctrica de verano originó un incendio a pocos kilómetros del hospital. En un mundo abandonado, lleno de restos inflamables y maleza, el fuego avanzó sin control y sin que nadie le hiciese frente casi hasta las puertas de lo que un día había sido un modernísimo hospital. Sólo por fortuna los cuatro supervivientes fueron conscientes del huracán de fuego que se les venía encima antes de que fuese demasiado tarde. Lograron salir del edificio cuando las primeras llamas lamían las paredes, pero con apenas tiempo para preparar su equipo.

Así, dos días antes se habían subido en aquel helicóptero, y tras cargar hasta los topes el depósito de combustible y colgar de una red de carga cuantos barriles suplementarios de gasolina pudieron llevar, levantaron vuelo hacia las Canarias, uno de los pocos lugares donde suponían que aún podrían encontrar algún resto de la humanidad, con una única idea en mente.

Sobrevivir.

1

—¡Prit! ¡Prit! ¿Me oyes? ¡Jodido ucraniano psicópata!

Maldije por lo bajo. El puñetero intercomunicador del helicóptero se había estropeado una vez más. Era la tercera vez que sucedía desde que habíamos despegado de las cercanías de Vigo. De repente, tuve que agarrarme con fuerza al soporte lateral mientras el pesado helicóptero daba un nuevo tumbó al cruzar una bolsa de aire caliente. Prit, indiferente a las sacudidas, continuaba pilotando alegremente a toda velocidad, mientras tarareaba una espantosa versión eslava de James Brown que me martilleaba inmisericorde los oídos.

Apoyé a Lúculo en su cesta, observando con envidia a aquella enorme bola de pelo naranja, que tras desperezarse como sólo los felinos saben hacer, se volvió a dormir plácidamente, indiferente al terrible estruendo que producían los motores de nuestro pájaro. Tras cinco días consecutivos de vuelo, aquel sonido, incluso filtrado a través de los cascos protectores, me estaba volviendo loco. Me pregunté cómo demonios hacía Lúculo para soportarlo. Capacidad de adaptación de los gatos, supongo.

Me giré hacia el interior de la cabina de pasajeros. Sor Cecilia estaba fuertemente amarrada a uno de los sillones, rezando monótonamente por lo bajo mientras desgranaba de for-

ma mecánica las cuentas del rosario con la mano derecha. La pequeña monja, con su hábito impoluto y unos enormes cascos de color rojo sobre la cabeza, ofrecía una estampa chocante. La única pega era el ligero color verdoso de su cara y la expresión de angustia que se le dibujaba cada vez que el helicóptero atravesaba una zona de turbulencias. Estaba claro que lo de volar no iba en absoluto con la monja, aunque había que reconocer que había aguantado todo el viaje estoiicamente. Ni una sola queja había salido de sus labios en aquellos cinco días.

Justo en la bancada de enfrente, estirada voluptuosamente a lo largo, estaba Lucía. Vestía unos cortos pantaloncitos beige ceñidos y una camiseta de tirantes manchada con grasa del rotor del helicóptero (se había empeñado en ayudar a Prit a revisar las hélices en la última parada). En aquel momento estaba profundamente dormida y un mechón rebelde de cabellos le resbalaba sobre los ojos. Estiré la mano y se lo aparté de la cara, procurando no despertarla.

Suspiré. Tenía un problema con aquella muchacha y no sabía como resolverlo. A lo largo de aquellos cinco últimos días Lucía había estado permanentemente pegada a mí... y yo a ella. Estaba claro que ella me deseaba y se había propuesto seducirme por todos los medios. Yo, por mi parte, no podía negar que me sentía también profundamente atraído por aquella morena de interminables piernas, curvas voluptuosas y ojos de gata, pero al mismo tiempo trataba de mantener la cabeza fría.

En primer lugar, no era el momento ni el lugar para iniciar un romance y por otra parte, y no menos importante, estaba la diferencia de edad. Ella era una adolescente de tan sólo dieciséis años (ya diecisiete, me corregí mentalmente) y yo un hombre de treinta. Eran casi catorce años de diferencia, por Dios.

Lucía se movió en sueños, mientras murmuraba algo

incomprensible con una expresión de gozo en la cara que me hizo tragar saliva. Necesitaba aire fresco.

Pasando por el estrecho pasillo que comunicaba la zona de carga y pasaje con la cabina me dejé caer en el asiento del copiloto, al lado de Pritchenko. El ucraniano se giró y me dirigió una luminosa sonrisa, al tiempo que me tendía un termo de café que guardaba en una pequeña funda que colgaba a su espalda. Acepté el termo con desmayo y le pegué un largo trago. Unos enormes lagrimones afluyeron a mis ojos, mientras tosía incontrolablemente, tratando de respirar. Aquel café debía llevar casi un cincuenta por ciento de vodka en estado puro.

—Café con gotas —dijo el ucraniano mientras me arrebató el termo de las manos y le daba un prolongado trago sin pestañear. Tras hacer bajar medio termo de golpe, se dio un puñetazo en el pecho y eructó estruendosamente—. Mucho mejor para pilotar. —A continuación me pasó de nuevo el termo, que cogí de forma mecánica—. Sí señor. Mucho mejor. —Chasqueó la lengua satisfecho y me dedicó otra de sus espléndidas sonrisas—. En Chechenia toda mi escuadrilla tomaba vodka solo... pero allí hacía más frío —remató con una carcajada.

Meneé la cabeza, dejando a Viktor por imposible. Dentro de la cabina hacía calor, mucho calor. El ucraniano vestía unos gastados pantalones militares e iba con el torso descubierto, brillante por el sudor. Completaba su atuendo un imposible sombrero negro de cowboy que había encontrado colgado en la pared de un bar y unas gafas verdes de espejo, bajo las que asomaban sus imponentes bigotones. Recordaba vagamente a un personaje sacado de *Apocalipsis Now*.

Lo cierto era que Viktor pilotaba admirablemente bien. El primer día, cuando despegamos desde Vigo, fue capaz de levantar el pájaro con los depósitos llenos a rebosar y una red de

carga con más de dos toneladas de bidones de combustible colgando de la panza del Sokol como si tal cosa. Era algo admirable.

Las imágenes del viaje no cesaban de pasar una y otra vez ante mis ojos, incansables. Definitivamente, a lo largo de esos últimos días fue cuando habíamos podido darnos cuenta del auténtico alcance del caos que provocaba el Apocalipsis. Por si nos quedaba alguna duda, ya estábamos totalmente seguros de que la civilización humana se había ido al cuerno para siempre.

Las primeras horas habían sido las peores. Mientras nos dirigíamos hacia el sur bordeando la costa portuguesa a unos pocos cientos de metros de altitud, nuestra mirada se paseaba con asombro por todas partes. El caos y la desolación eran generalizados.

Lo primero que llamaba la atención era la luz. La atmósfera estaba inusualmente clara, casi transparente. Teniendo en cuenta que ya hacía meses que las fábricas habían dejado de funcionar y que no había tráfico contaminando el ambiente, se entendía un poco mejor. De todas formas aquel aire límpido tenía un punto de irreal y fantástico. De no ser por el permanente olor a carne descompuesta, basura y restos orgánicos que flotaba por todas partes uno casi podría pensar que estaba en un territorio virgen de hacía cinco mil años. Una breve mirada a los fiambres que se paseaban por todas partes hacía añicos esa ilusión inmediatamente.

Las carreteras, por su parte estaban totalmente intransitables. Cada pocos kilómetros, las líneas negras de asfalto se veían punteadas por restos de vehículos o, en ocasiones, monstruosas colisiones múltiples que obstruían la vía por completo. En un par de ocasiones incluso vimos algunos viaductos que se habían venido abajo o carreteras cubiertas por completo por desprendimientos de tierra. Un tramo especialmente

inclinado de la autopista que unía Oporto con Lisboa se había transformado en un espumoso y salvaje torrente a lo largo de unos cuantos kilómetros, en los cuales las aguas provenientes de una presa desbordada corrían libremente, creando cabritillas de espuma contra los restos de vehículos que se habían transformado en sorprendentes escollos.

La naturaleza, poco a poco, iba reclamando su terreno. Las orgullosas construcciones humanas, sus asombrosos y a veces casi increíbles logros de ingeniería civil estaban siendo lentamente devoradas por la maleza, el agua, la tierra y lo que fuera que Dios quisiera poner en su camino.

Un crujido en los cascos del intercomunicador me sacó de golpe de aquellas ensoñaciones y me llevó de nuevo al Sahara. El jodido aparato había decidido volver a funcionar.

—Estamos casi secos. —La voz de Viktor resonaba metalizada en mis oídos—. Voy a dar una vuelta sobre esta zona. Estate atento. Busca un buen sitio para tomar tierra.

«Y ten los ojos bien abiertos —pensé para mí—. Ni un puto susto más, ahora que falta tan poco.»

Los anteriores repostajes habían transcurrido razonablemente bien, pero cualquier precaución era poca.

Tan sólo había que recordar lo sucedido el día anterior.

2

Fue en una de las últimas paradas, en un lugar perdido entre Portugal y Extremadura. El helicóptero había tomado tierra en el aparcamiento de un polvoriento restaurante de carretera. La explanada de cemento estaba totalmente desierta, excepto por un herrumbroso Volkswagen Polo y un Seat León abandonado que descansaba sobre cuatro neumáticos medio deshinchados. El letrero luminoso del restaurante estaba cubierto por una gruesa capa de polvo y en general todo tenía un aspecto abandonado y solitario. Al parecer, éramos los primeros seres humanos que pasábamos por allí desde hacía más de un año.

El Sokol tomó tierra en medio de una gigantesca nube de arena que se desparramaba en todas las direcciones. Antes de que se empezase a posar Prit y yo ya habíamos saltado a tierra, cada uno por un lado del aparato, con un HK en las manos y con el regusto del miedo en la boca, mientras oteábamos desesperadamente entre los jirones de polvo, tratando de adivinar la figura tambaleante de un No Muerto.

Sólo cuando el polvo se posó y vimos que la explanada seguía desierta se empezó a calmar el ritmo de mi corazón. Cuando las turbinas del Sokol se apagaron, un silencio sepulcral se extendió sobre el aparcamiento. No se oía ni el más mínimo sonido, ni siquiera el piar de los pájaros.

Seguramente todos los bichos con plumas se habían asustado con el estruendo del helicóptero al aterrizar. O a lo peor, me corregí mentalmente, es que no quedaba ni un jodido pájaro vivo en aquella zona. Todo podía ser.

Por un instante tuve la inquietante sensación de que éramos los últimos hombres sobre la faz de la tierra. De repente, Lúculo maulló inquieto rompiendo aquel extraño hechizo. Tocaba moverse.

Rápidamente, Pritchenko se acercó a la red de transporte y ayudado por Lucía desenganchó la argolla superior. La resistente red de carga se deslizó por encima de la pila de barriles amarillos llenos de queroseno CB-1-A. Apartando tres o cuatro toneles vacíos, el ucraniano echó a rodar uno de los bidones lleno hasta los topes hacia el helicóptero. Una vez allí, con un gesto diestro, destapó el barril e introdujo dentro un tubo de goma conectado al depósito de combustible del Sokol. Pronto, el queroseno empezó a fluir hacia el interior de los tanques del pájaro.

A partir de ese instante, llenar el depósito era tan sólo una cuestión de minutos, pero durante ese lapso éramos extremadamente vulnerables. Con el pájaro en tierra, la red de carga abierta y un bidón de productos altamente inflamables bombeando hacia los depósitos, un despegue rápido quedaba descartado. Definitivamente, si los No Muertos aparecían por allí de golpe, estaríamos bien jodidos.

Tras asegurarme de que nada se movía por los alrededores, le hice una seña a Prit y abrí uno de los compartimentos de la cabina trasera del Sokol, para coger un cigarrillo. Fruncí el ceño, contrariado. Tan sólo me quedaban un par de Camel arrugados y con olor a humedad. Habíamos conseguido suficientes provisiones y medicamentos en el hospital, pero de tabaco andábamos extremadamente cortos.

Miré hacia el restaurante situado al otro extremo de la

explanada, dubitativo. Era un asador de carretera del tres al cuarto, pero me jugaba un millón de euros a que tenían una máquina de tabaco junto a la puerta o al fondo, debajo de la tele. Debería echar un vistazo, pensé. Al fin y al cabo aquello estaba totalmente abandonado.

Me giré hacia el grupo, para avisarles. Lucía y Prit estaban de espaldas, en una discusión acalorada sobre la mejor manera de apilar los barriles vacíos en la red. Sor Cecilia dormía placidamente, disfrutando de aquellos minutos en tierra lejos de las aterradoras alturas, y Lúculo... bueno, Lúculo estaba aseándose como sólo los gatos saben hacerlo, indiferente al resto del mundo. Me encogí de hombros y me encaminé hacia el restaurante. Sería cuestión de un minuto.

La puerta, naturalmente, estaba cerrada. Miré a mi alrededor. Unas macetas con plantas mustias decoraban la fachada, cubierta por un alero polvoriento. En el suelo, tirado de cualquier manera, yacía un cartel de helados descolorido por el sol. A su lado, una sombrilla hecha jirones, un par de sillas de plástico y una mesa polvorienta completaban el panorama. En una esquina, acumulando tierra, una cazadora vaquera de color indefinido se pudría lentamente, en el mismo sitio donde alguien la había dejado caer de cualquier manera, como si no hubiese tenido tiempo para apoyarla en un lugar mejor.

La puerta parecía resistente, pero no así una de las ventanas de la fachada lateral. Era una vieja ventana, de marco de madera, que daba a la cocina. El paso del tiempo y el calor generado por la parrilla de la carne situada justo a su lado, en el interior, la habían ido arqueando y presentaba una pequeña holgura de un par de centímetros por su parte inferior.

Desenvainé el cuchillo que llevaba sobre los riñones e inserté la hoja en aquella holgura. Tan sólo tuve que hacer palanca un rato hasta que un apagado «crac» me indicó que el pestillo se había quebrado. La hoja de la ventana, vieja pero per-

fectamente engrasada, giró silenciosamente sobre sus goznes, dejándome paso franco al interior, fresco y sombrío.

Con cautela me introduje en la cocina, tratando de perforar la penumbra con mis ojos. El cambio del luminoso exterior a la relativa oscuridad del interior me había dejado sin visión por unos segundos. Sin embargo, no podía pensar en eso, porque el olor a podrido allí dentro era sofocante. Con una manga traté de taparme la nariz, mientras los ojos me lagrimeaban y las arcadas me subían por la garganta.

En cuanto me habitué a aquella media luz, pude ver con detalle el interior de la cocina. El olor provenía de una enorme nevera industrial abierta de par en par, donde kilos y kilos de carne de cerdo y ternera se pudrían lentamente desde hacía meses. Sobre la mesa de trabajo, algo que en algún momento había sido un costillar de cerdo bullía cubierto de miles de gusanos blancos, que reptaban incluso sobre el mango del cuchillo apoyado a su lado. Junto a éste, un manojo de tomates putrefactos esperaban eternamente a que alguien los hiciese rodajas para una ensalada que jamás sería servida. Sobre la cocina había una sartén chamuscada, con un enorme cerco negro de humo marcado en el techo. La llave de aquel hornillo estaba abierta, pero el gas se había agotado hacía mucho tiempo, tras mantener la llama encendida durante días, seguramente. Aquel sitio no había ardido hasta los cimientos de milagro.

La imagen general era de una huida apresurada. Con pánico, tanto que ni siquiera se habían detenido en lo más elemental. Podía imaginarme qué era lo que los había asustado tanto.

Abrí con cautela la puerta de la cocina. El comedor, en claro oscuro, estaba compuesto por una docena de mesas, varias de las cuales aún tenían restos putrefactos de comida sobre ellas. Un bolso solitario colgaba del respaldo de una silla, abandonado por su dueña en la huida apresurada.

Mi mirada se paseó por la sala desangelada hasta que finalmente se posó en una máquina expendedora de tabaco, situada en una esquina del zaguán, junto a la barra de la cafetería. Un calendario presidía el mostrador, detenido para siempre en febrero del año anterior, entre botellas de coñac y fotos y bufandas del Real Madrid. Me colé detrás de la barra y empecé a revolver cajones, hasta que en el tercero, al lado de un motón de facturas, encontré un manojo de llaves. Sonreí, satisfecho. alguna de ellas tenía que ser por fuerza la de la máquina de tabaco.

Mientras abría la máquina, desde fuera me llegaba amortiguado el sonido de los bidones vacíos de metal al entrecascar entre sí. Eso significaba que Prit y Lucía debían estar cerrando la red de carga, para despegar de nuevo. Súbitamente me entró una absurda sensación de angustia, al imaginarme que despegaban sin mí y me dejaban olvidado en aquel rincón sucio y perdido de la mano de Dios. El pensamiento era totalmente infundado, pero como todas las ideas estúpidas, en una mente poco descansada como era la mía en aquel momento, tomó forma de realidad. No disponía de demasiado tiempo. Apresuradamente metí en un macuto todas las cajetillas de tabaco que pude, incluso las de peor calidad, derramando varias por el suelo, con las prisas. No sabía dónde podría encontrar el próximo estanco en ese viaje.

Estaba a punto de salir cuando sentí la llamada de la naturaleza. Después de más de siete horas seguidas de vuelo, mi vejiga estaba a punto de explotar. Prit afirmaba sin empacho que era posible orinar en una botella en el helicóptero. No es que dudase de la palabra del ucraniano, pero es que a mí la idea de mear delante de una monja y de una cría de diecisiete años no acababa de convencerme, así que me había aguantado las ganas. Hasta ese momento.

Me tercié el fusil al hombro, y desabrochándome los pantalones por el camino, para ganar tiempo, me dirigí hacia el

baño. Me situé delante de uno de los urinarios y pronto sentí una inmensa sensación de alivio.

Cuando me iba a abrochar los pantalones vi una mano reflejada en el pulsador del urinario, justo detrás de mí. Y detrás de la mano, el brazo y el resto de aquella mujer. Era gorda, con el pelo, o lo que quedaba de él, crespo y ensortijado. Algo o alguien le había devorado media cara y arrancado los brazos de cuajo. Fugazmente pude ver uno de los brazos semidevorado en el suelo del baño, en medio de un cuajarón de sangre reseca, mientras el otro, el que había visto al abrir la puerta, le pendía sujeto al hombro tan sólo por un par de tendones, balanceándose de forma macabra cada vez que su propietaria se movía.

Antes de que me diese tiempo a girarme, aquella bestia se me echó encima, aplastándome contra la pared. Noté su aliento en la nuca, mientras oía sus dientes chocando contra el cañón del fusil, cruzado en bandolera en mi espalda. Era enorme, debía pesar sus buenos ciento y pico kilos, y se movía con la torpeza propia de los No Muertos.

Afortunadamente no tenía brazos, ya que de lo contrario me hubiese dejado frito allí mismo. Había resistido el primer asalto, pero la situación seguía siendo terriblemente comprometida. Apoyando las manos en la pared impulsé mi cuerpo hacia atrás, con aquella cosa firmemente agarrada con los dientes al cañón del fusil, mientras mis pies resbalaban espasmódicamente en el suelo del baño.

Nos caímos rodando al suelo. Me libré como pude de aquel peso muerto, y empecé a gatear de espaldas hacia la puerta, contemplando con espanto cómo aquel monstruo hacía presa con sus dientes en una de mis botas y la atacaba con feroces dentelladas. De forma histérica comencé a golpearla con mi otro pie, en medio del agujero rojizo que algún día había sido su cara.

No quería morir. Así no. En los baños de un sucio y perdido bar de carretera, con los pantalones desabrochados y arrastrándome por el suelo. De esa manera, no.

Cogiendo con las dos manos uno de los virotes que siempre llevaba en la funda adosada a la pierna (el arpón había quedado en el helicóptero), lo levanté por encima de mi cabeza y lo clavé con fuerza en el centro de su cráneo. Con un suave sonido viscoso la punta de acero se deslizó dentro de la cabeza de aquella cosa, hasta tocar alguna parte dura del interior, donde quedó encajada.

Apoyándome en la pared me puse en pie, sin perder de vista el cuerpo de la No Muerta ni por un instante. Como siempre me sucedía en esos casos, empezaba a notar un profundo malestar y un intenso sudor frío recorriendo mi cuerpo, una vez que la pelea había acabado. Todo había sucedido muy rápido. Con manos temblorosas traté de encender un cigarrillo, pero tuve que desistir tras un par de intentos. No era capaz ni de hacer girar la rueda del mechero. Había sido un visto y no visto, quince segundos a lo sumo. Cristo bendito, no podía creerlo.

Salí del baño tambaleándome, con el regusto amargo de la bilis en la boca, mientras notaba el bajón de la adrenalina en cada poro de mi piel. No era capaz de acostumbrarme, ni creía que nunca llegase a hacerlo. Cada vez que mataba a uno de esos seres, incluso sabiendo que no estaban vivos, me sentía enfermar. Cada vez que veía mi vida en peligro, la angustia y el terror me paralizaban. Todas las noches, desde hacía meses, pesadillas horribles eran mis compañeras habituales de cama.

No era el único. Veía cómo se movía Lucía por las noches, huyendo en interminables pesadillas. Había visto a Prit despertándose de golpe, bañado en sudor frío y con una mirada enloquecida en los ojos. Después se pasaba horas mirando al infinito, con expresión ausente y pegándole trago tras trago a

una botella de vodka. Me imaginaba que cuando yo me despertaba por las noches, mi expresión era la misma. De todas formas, no creía que ninguno de nosotros hubiese sido capaz de dormir más de cinco horas seguidas desde hacía meses.

Encendí uno de los cigarrillos con manos temblorosas, mientras descorría el cerrojo de la puerta principal y salía de nuevo al exterior. La luz del sol me hizo entrecerrar los ojos por un momento, mientras miraba a mi alrededor, algo desorientado. Giré la cabeza hacia el Sokol, cuyas enormes aspas ya empezaban a trazar lentamente enormes círculos en el aire. Desde la ventanilla del copiloto, Lucía me observaba con aire escrutador, mientras Pritchenko se afanaba en comprobar todos los niveles antes de iniciar el vuelo.

Me acerqué hacia el helicóptero, arrastrando los pies por el polvo, notando cómo la intensa mirada de Lucía me taladraba, adivinando que algo me había sucedido en el interior de aquel polvoriento restaurante abandonando. Me sentía cansado, cansadísimo, y agotado emocionalmente. Aquel pequeño episodio era un resumen de lo que era mi existencia en ese momento.

Aquella pesadilla era interminable.